

Desenlace de las comedias

Es muy difícil escribir artículos de "actualidad palpitante", porque aquí cada cual tiene su "pálpito" distinto y lo que hoy es negro, mañana resulta blanco y pasa de castaño oscuro.

Además, yo quiero ser franco, porque no tengo una lira. El franco y la lira vienen á valer lo mismo, pero no me refiero á las monedas. Quiere decir que no soy neta y en cambio, y no a la par, tengo la virtud de la franqueza.

Por ella declaro que no me interesa mayormente ninguno de los acontecimientos que vienen "plasmándose en la realidad" y apasionan á las muchedumbres. Y no es porque yo sea un superhombre de esos que se encierran en su "torre de marfil", huyendo del trato de las gentes. ¡No! Nada de torres. Mi casa y gracias! entendéndose bien que por obedecer al uso corriente hubo de poner el posesivo anterior porque la casa no es mía, disfruto de ella, á condición de que el propietario disfrute la cantidad estipulada para el pago del alquiler. Soy pues, un hombre vulgar, que ocupa un piso segundo y que no puede vivir asiendo, ni gusta de la soledad, ni tiene por apacible el retiro ó la jubilación. A mí no me corresponde ninguno.

Gusto, por tanto, de salir á la calle, leer los diarios, hablar con mis amigos, cambiar ideas, cambiar cinco pesos y enterarme de lo que sucede. Pero no me apasiono, porque soy uno de esos espectadores desgraciados, que desde las primeras escenas adivinan ya el desenlace. Cuestión de práctica. Otros no la tienen y con más talento que yo, se sorprenden al ver las comedias de mero enredo, y todo les parece obra de testa.

Yo vivo sin emociones. Buena prueba de ello está en que, durante la semana pasada, ni un solo día se me han acelerado las pulsaciones, y eso que han sido gordos los hechos que registra la crónica. El Senado, que según suponemos hasta los que todavía no hemos sido ministros iba a aprobar el presupuesto para 1912, libro cerrado y sin decir "esta boca es mía", tomó el libro y lo tiró al canasto, abrió los ojos, enseñó los dientes y pareció que iba á comerase á los niños ó diputados crudos.

En una sola sesión deshizo la obra de estos difísimos y declaró en vigor "el edicto de recursos" de 1911. Ahora, en el actual momento histórico, no puedo anticiparme á los sucesos porque nadie sabe lo que va á pasar aquí. ¿Insistiría la cámara joven en sus locuras propias de la juventud? ¿Qué puede hacer entonces la de los ancianos?

Declaro que no soy constitucionalista. No tengo tiempo para dedicarme á esos estudios como don Joaquín V. González. Pero de todas maneras, ya verán ustedes como, sea cualquiera el presupuesto que se declare de moda para el año actual, los gastos serán los mismos. Es cuestión de pedir luego



créditos extraordinarios ó suplementos, y todos quedan contentos.

Y este convencimiento no es mío únicamente. El ministro de Hacienda lo comparte, y tan penetrado está de que la cosa no tiene remedio, que ni siquiera creyó necesaria su presencia en Buenos Aires, durante la discusión, y se marchó á Mar del Plata para gozar de las brisas marineras, y tal vez bañarse.

Lo mismo sucedió con la cuestión ferroviaria. Terminó el plazo otorgado por el gobierno á las empresas para que normalizaran el movimiento. Y después de mucho ir y venir, de la Casa Rosada al local donde se reúne el conclave de gerentes, el movimiento no se demuestra andando. Al otro día, el tren que llegó más pronto á su destino, resultó más atrasado que el reloj de la Municipalidad, ó que los sueldos de los barrenderos.

Los de carga van tan despacio, que en uno de ellos, en que iban bueyes, éstos se impacientaron, y saltando de los furgones á la vía, se pusieron á tirar de la máquina, y así llegaron por fin á la estación más próxima.

Hay muchos pasajeros indignados, pero son también pasajeros sus arrebatos. Aquí lo único firme, perenne, casi eterno, es el señor Ramos Mejía. A ese no hay quien lo mueva.

—¿Y el presidente? —preguntará el curioso lector.

—Ah! El presidente se marchó á ver mundo, buscando un reposo absoluto, después de haber estado en Martínez, donde sólo pudo lograrlo relativo, porque siempre le iban con relatos.

Para el doctor Sáenz Peña, no hay huelgas de maquinistas, ni rebeldes de congresales, ni obstáculos de ninguna clase.

Es el hombre que dijo aquello de "América para la humanidad", frase que ya está declarada de texto para las escuelas, y cuando á una persona se le ocurre algo que llame la atención en los Estados Unidos, ya puede asegurar que sólo desean su muerte los escultores. Estatua es segura.

El que cobra buena fama se puede echar á dormir, porque no le falta el sueldo y está cobrando toda la vida.

Aquí tienen ustedes un hombre que acaba por contagiarlos, porque esto del sueño es una enfermedad.

DIEGO DE MIRANDA.

